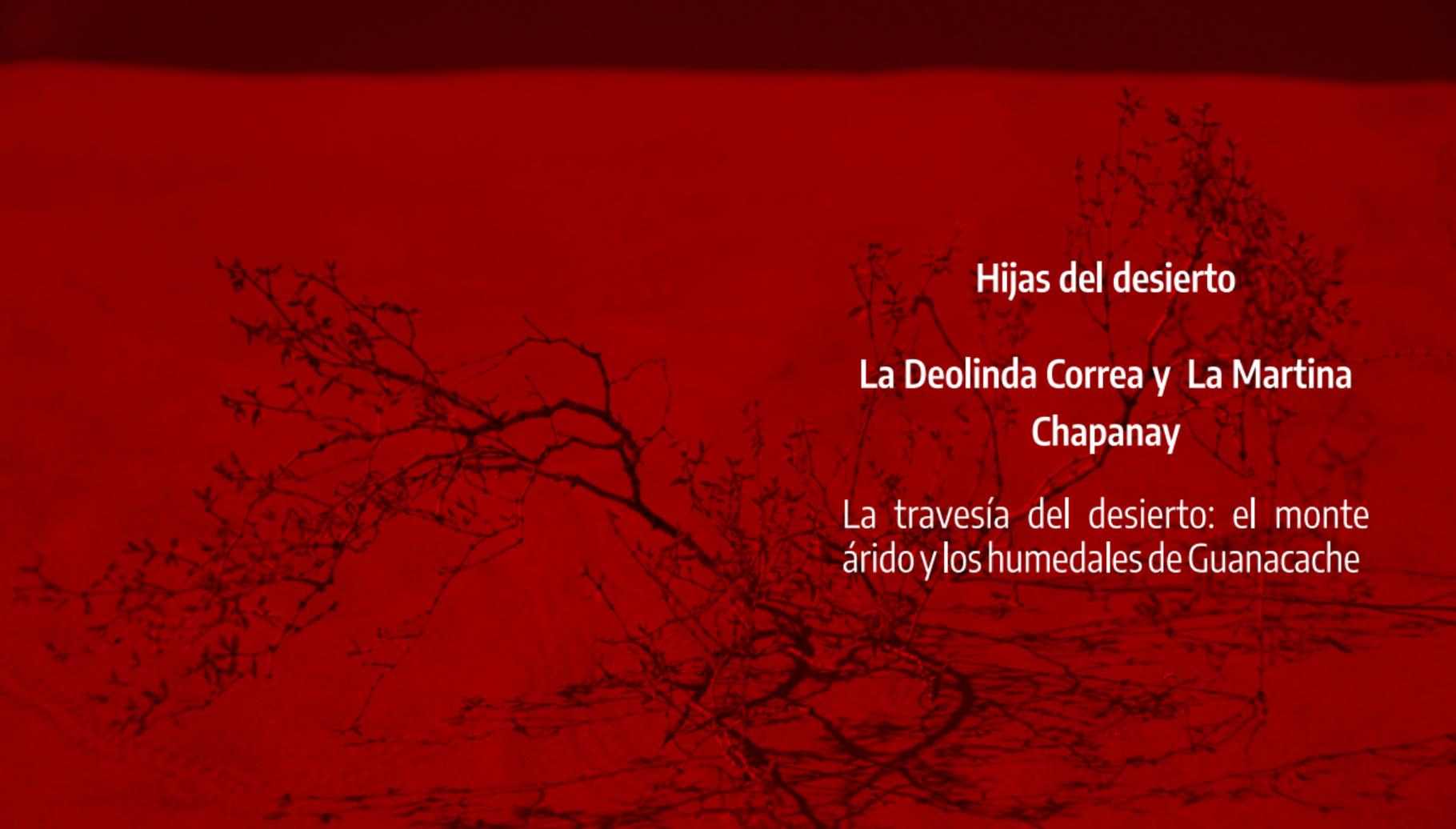


LA DEOLINDA

y

LA MARTINA

hijas del desierto



**Hijas del desierto**

**La Deolinda Correa y La Martina  
Chapanay**

La travesía del desierto: el monte  
árido y los humedales de Guanacache

Las Hijas del Desierto. La Deolinda Correa y La Martina Chapanay,  
San Juan, Argentina, Junio 2023 (Publicación digital)

#### TEXTO

M. Florencia Pessio Vázquez

Licenciada en Historia

#### FOTOGRAFÍA

Virginia Moreno

#### EDICIÓN | DISEÑO DE CUBIERTA | MAQUETACIÓN

M. Luz Quiroga Pérez

Diseñadora Gráfica

#### COORDINADORA PROGRAMA TRAMAS ANDINAS

Marcela Santandreu

#### DIRECTORA MUSEO Y BIBLIOTECA CASA NATAL DE SARMIENTO

DI M. Silvina Vázquez



Hacia el este de la ciudad de San Juan, enfrentada a la cordillera de los Andes centro occidentales de la Argentina, se extiende la travesía del desierto. Se trata de una amplia llanura árida dominada por médanos de arena. Hacia el noreste de esta zona, de trecho en trecho, el paisaje de la aridez se alterna con el cordón serrano de Pie de Palo y, continuando un poco más hacia el noreste, con el cordón de las sierras de la Huerta y las sierras de Valle Fértil. Estas formaciones corresponden a las antiguas sierras pampaneas, cuyo origen precede a la cordillera de los Andes, y brindan al paisaje una imagen irrisoria de orografías que mutan al son de la salida y la puesta del sol. En un tiempo no muy remoto, aquella estepa árida fue bañada por el río

Bermejo y el río Zanjón, formando un valle entre ambas sierras que brindaba de aguadas a las antiguas poblaciones de la zona y las protegía de los fulgurantes vientos del desierto.

En este paisaje de la aridez, la vegetación de la región desarrolla sus mecanismos de adaptación a un clima agreste caracterizado por las bajas precipitaciones y la gran amplitud térmica. El quebracho, el algarrobo, el chañar y la retama son los árboles y arbustos de más altura. Junto a la jarilla y los retortuños, decoran el paisaje con tonalidades verdes y amarillas. Algunos cactus también destacan en las pocas zonas de vergel, sobresaliendo por su tamaño el cardón, con sus

carnosos frutos que brindan a los baquianos de repositorios de agua de emergencia en sus andares. En los respaldos de las sierras y mogotes, cercanos a cuencas hídricas, logran divisarse algunos bosquecillos, levantándose como refugios ante las adversidades de la aridez.

Acompañando aquellas geografías con su flora, en el monte y la llanura árida se haya una fauna característica del clima. Liebres, vizcachas, quirquincho, perdices, lechuzas y zorros son algunos animales que pueden verse por aquellas regiones. Por los cielos se divisan los jotes, animales carroñeros en busca de su alimento, e

introduciéndose en las sierras y realizando algunos ascensos, quizás esté la suerte de divisar algún cóndor curioso volar. A estos animales silvestres se suman los caprinos de crianza de los pobladores de la zona, con algunos caballos, mulas y burros.

El paisaje surreal creado por la aridez y las serranías, la lucidez del amanecer y el juego de sombras del atardecer, manifiesta una suerte de superposición temporal entre el pasado y el presente. Las prácticas cotidianas y las memorias de las gentes de por allí relatan que el monte árido del noreste provincial- lo que actualmente abarca

el sureste de Jáchal, el valle de Bermejo y el departamento de Valle Fértil- se corresponde con el ancestral territorio diaguita, el cual continua su extensión hacia La Rioja, Catamarca, parte de Tucumán, el sur de Salta y, hacia el oeste, el norte chico de Chile (Dreidemi, 2022).

En este amplio territorio indígena, Valle Fértil conforma un departamento fronterizo con la provincia de La Rioja. Cuenta la historia que la frontera entre ambas provincias fue inestable durante mucho tiempo y recién en el año 1968 quedó delimitada. Tres intentos de fundación y de establecimiento de la villa cabecera

manifiestan la resistencia indígena al poder colonial desde el siglo XVI hasta bien entrado el siglo XIX, dado que toda la región fue fuente de mano de obra indígena y sus pobladores se vieron obligados a los traslados forzados (Dreidemi, 2022).

Actualmente, por este camino que se inicia en el departamento de Caucete hacia Vallecito y un poco más al noreste hacia Valle Fértil, antes de continuar camino a la provincia de La Rioja, cruzas de vez en vez algunos puestos sobre la Ruta Nacional 141 (RN)- donde se ofrecen quesillos de cabra, patay de harina de algarroba y semitas y semitones para el viaje. Monte adentro, separados por kilómetros de distancia,





Desierto adentro, la vida continua.

Unos kilómetros hacia el sureste de este paisaje de llanuras y sierras áridas, tomando la RN 20, se encuentra una histórica zona de humedales y esteros. Allí, en la triple frontera de las actuales provincias de San Juan, Mendoza y San Luis, situadas en el centro de la región de Cuyo, se extienden de manera encadenada las lagunas de Guanacache, Desaguadero y del Bebedero. Estos humedales son alimentados por los ríos San Juan y Mendoza, al que se le sumaba, tiempo atrás, los desagües del río Bermejo y el río Desaguadero. Originariamente, eran 25 las lagunas intercomunicadas, donde abundaban las islas.

Los humedales de Guanacache brindan de un oasis

a la llanura árida del centro de la región. Entre los médanos de arena, emergen las lagunas como espejismos para los caminantes de estas zonas. La flora, embebida por las aguas de los ríos, se caracteriza por algunos bosques de algarrobos y chañar. Al igual que en el monte árido de la zona serrana, la jarilla y la chilca predomina. Sin embargo, el vergel acuífero habilita la existencia de junco, junquillo y totora, utilizados históricamente en la cestería y en la fabricación de otros artefactos típicos de la localidad. En la zona,

<sup>2</sup>Desde el 14 de diciembre de 1999, estas lagunas pertenecen a la lista internacional de humedales, y son reconocidas bajo la figura de Sitios Ramsar, cuyo principal objetivo es la conservación y el uso racional de los humedales mediante acciones locales y nacionales (Gómez, 2022).

las aves son bastante numerosas. Normalmente se puede ver ñandúes, martinetas, halcones. También hay muchas aves que habitan los bañados y las lagunas. Algunas de ellas son el flamenco, la cigüeña, los patos, las garzas y los teros. A esto se le suman algunos mamíferos terrestres como piches, gatos monteses y el león del monte, el puma. Al igual que la zona de las sierras áridas, en el sistema lagunar de Guanacache se halla cría de caprinos y bovinos por parte de los habitantes de allí, a lo que se le suman animales de montura.

Varias son las familias puesteras que habitan la zona lagunera, de allí su topónimo como laguneros y laguneras. La continuidad de estas familias con las poblaciones indígenas de antaño se manifiesta

en sus prácticas cotidianas de vivencia y en su identificación como warpes.

“Las lagunas de Guanacache son parte de un antiguo territorio warpe que proporcionaba fuentes de alimentos y fuertes lazos de conexión con la tierra. Sus pobladores tienen y han tenido un conocimiento tal del lugar y sus condiciones, el mismo que en la época de la conquista les permitía internarse en el sistema lagunar para protegerse del enemigo” (Gómez, 2022: 316).

Actualmente, el sistema lagunar de Guanacache se encuentra drásticamente reducido. La desertificación del área se intensificó desde la segunda mitad del siglo XX. Entre sus causas pueden incluirse tanto factores naturales –cambios operados en los regímenes niveles y pluviales que alimentan las cuencas de los ríos San Juan y Mendoza– como socioeconómicos, como el incremento de la captación de aguas y el cambio de modelo productivo que se produjo desde comienzos del siglo XX en Cuyo. Para la misma época, se produjo un fuerte avance sobre la incorporación de los recursos- sobre todo tierra- y poblaciones locales que se vieron obligadas a migrar hacia zonas agrícolas,

urbanas y periurbanas de San Juan y Mendoza. Aquel prolongado desecamiento de las lagunas, del cual nunca se recuperarían completamente, y los paralelos cambios socioeconómicos producidos, constituyen un hito traumático que perdura hasta hoy día entre los laguneros (Escolar, 2007).

La crisis hídrica que atraviesan las lagunas y el olvido de los estados provinciales de estos territorios, agudizan la pauperización de la vida de sus pobladores, dedicados a la cría de caprinos y algunos bovinos y, en tiempos no muy remotos, a la pesca y el cultivo de huertas a orillas de los humedales. Hoy en día, lo que



antiguamente fue un vergel natural, se ha convertido en un “desierto producido” (Gómez, 2022) por la avanzada modernizadora de los estados y la ausencia de políticas públicas para remediarlo. El paisaje lagunar, donde resisten algunos humedales a duras penas y con ayuda de las escasas precipitaciones características de la ecorregión, se encuentra teñido de animales disecados ante la falta de agua, el sol abrazador y los animales carroñeros.

### **Territorios de/en resistencia**

Devenidos en territorios de sacrificio (Jofré, Gasetúa, 2022), geografías del despojo y el

miedo (Gutiérrez Aguilar, et al, 2022) con el advenimiento de los estados modernos, el chaco seco y la llanura árida del centro de Cuyo también fueron escenarios de resistencias y rebeldías desde el siglo XVI hasta entrado el siglo XX.

Amplio territorio de travesías, esta zona también se conoce como el corredor de los llanos. En él se inscribe una historia que brinda de particularidades a la región y está protagonizada por la trashumancia de los habitantes de las llanuras. En torno a la geografía del monte árido, en los tiempos previos a la constitución del Estado Nación,

una amplia red de caminos atravesaba el paisaje montes y las mesetas del desierto cuyano.<sup>3</sup> Por estas huellas de ventura, se desplazaban pobladores con diferentes fines- comerciales, de crianza y de saqueo también- y con diferentes destinos – desde Córdoba y los llanos riojanos, hasta un comercio trasandino con Chile-.

Entre los domadores del desierto se encontraban los baquianos o los arrieros, los bandoleros o salteadores y las montoneras federadas. Todos ellos entrelazados en una historia común donde reflotan las memorias de los sectores subalternos de la ruralidad y las

demandas indígenas por las tierras habitadas y por la autonomía respecto a las élites políticas provinciales.

Los baquianos eran hábiles andadores de las travesías, podían hallar pozos o baldes donde conseguir agua para ellos y sus haciendas de ganado, como pasturas para recomponer las cabalgaduras antes de continuar viaje. Su trashumancia estaba ligada al comercio y al

<sup>3</sup>Entre el siglo XVI y XVIII, Mendoza, San Juan y San Luis formaron parte del Corregimiento de Cuyo, con dependencia política de la Capitanía General de Chile. Durante este periodo Cuyo se caracterizó por un intenso movimiento comercial en el cual los arrieros de vacunos cumplían una función vital. Atravesada por caminos, la actual región se interconectaba con varios puntos de una amplia geografía que abarcaba las actuales provincias cuyanas más La Rioja y Córdoba y el vecino país de Chile (Dreidemi, 2022).

traslado de mercaderías y de haciendas de mulas. Atravesaban toda la llanura árida desde Córdoba hacia Chile y desde Mendoza hacia Catamarca, llegando incluso a Salta. Profundos conocedores del territorio andado, los baquianos o arrieros fueron mano de obra especializada para el comercio seguro en momentos donde el control territorial por parte de un estado central en formación era débil.

En el caso de los bandoleros o bandidos rurales, se trataba de asaltantes de caminos y saqueadores de caravanas. Aprovechaban el amplio control que poseían de estas

geografías, las cuales se presentaban como territorio indómito y zona de amenaza para quien se aventurara de manera inexperta.

Por último, durante el siglo XIX, destacaron las montoneras quienes fueron partícipes claves en las guerras civiles entre federales y unitarios o liberales iniciadas en torno al año 1820. Se trataba de ejércitos de jinetes de diferentes extracciones sociales que enfrentaban a las fuerzas regulares de la Buenos Aires unitaria en su intento de formación de un Estado centralista. Las montoneras de Cuyo tenían un amplio territorio de acción. Tras la batalla de Pavón de 1861, el ejército de Buenos Aires

invadió las provincias federales. En ese momento comenzaron los conatos de rebelión, destacando el liderado por el caudillo riojano Chacho Peñaloza.

En este escenario atravesado por la violencia beligerante y enmarañado de demandas y proyectos políticos enfrentados, la región del monte árido de Cuyo y, en espacial, las lagunas de Guanacache, fueron un enclave territorial de importancia para los proyectos políticos alternos. En los esteros y los humedales, protegidos por los bosques y los desaguaderos, se internaban las montoneras desierto adentro, como así también los desertores,

perseguidos políticos, bandidos y salteadores. Guanacache y su entorno, como señalara Sarmiento y muchos contemporáneos, eran un asilo para montoneros de Cuyo, La Rioja y Córdoba.

Es en este territorio situado de amplia extensión y en estos años convulsionados atravesados por la constitución del estado nación, donde se ahondará en las memorias locales para rescatar de la trama la historia que, entre mitos y leyendas, dan forma a dos protagonistas de esos tiempos: la Deolinda Correa, más conocida como la Difunta Correa, y la Martina Chapanay.



Dicen por ahí que San Juan es como la Difunta: una madre que de sed muere en el desierto al alimentar a su(s) hijo(a/e/s).

## La Deolinda Correa

Dicen por ahí que San Juan es como la Difunta: una madre que de sed muere en el desierto al alimentar a su(s) hijo(a/e/s).

¿Es la leyenda de la Difunta Correa una profecía sobre San Juan? Sin dudas la leyenda de la Difunta es una historia que aconteció no hace mucho tiempo atrás, cuando el mundo era como el mundo que conocemos hoy. Desde la ciencia historiográfica, sujeta al archivo para comprobar la veracidad de los hechos narrados

por la memoria oral de los pueblos, algunas dudas sobre su existencia pueden desprenderse. Pero quizás, como alguna vez sostuvo el historiador sanjuanino Edgardo Mendoza, sólo haga falta una buena labor archivística en la búsqueda de partidas de nacimiento o uniones nupciales en los repositorios de parroquias que daten más de 100 años atrás.

Las primeras menciones sobre la Deolinda las desglosa Pedro Quiroga en el año 1865, cuando relata las aventuras de Martina Chapanay. Allí, en su texto, Quiroga menciona que, en una quebrada de las Sierras de Pie de Palo, en el

conocido Paraje de Las Peñas, entre varias cruces de madera clavadas en el suelo pedregoso, sobresale una con un pequeño cofre de latón, ahí yacen los restos de una mujer, la milagrosa (Correa), los viajeros tienen entera fe en sus milagros, y la invocan en sus tribulaciones (:222).

Varias son las versiones sobre la vida y la muerte de la Difunta que han recorrido más de dos siglos de oralidad entre las gentes de una amplia zona geográfica. A partir de la lectura de la mayoría de ellas, aquí se presentará una reversión sobre la misma.

De acuerdo a las leyendas orales que recorren rutas y caminos, parajes y santuarios de todo el país, pero especialmente de las provincias de San Juan, Mendoza, San Luis, La Rioja, Córdoba y algunas zonas del vecino país de Chile, Deolinda Correa era una joven que nació hacia finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX en alguna armoniosa majada del monte árido entre las actuales provincias de San Juan y La Rioja. Por aquellos años, las fronteras políticas entre provincias no existían como las conocemos hoy en día, y los territorios eran tan amplios como los caminos de trashumancia para acarrear ganados, buscar provisiones de poblados cercanos o visitar a parientes en

puestos alejados. Aquella amplia geografía que hoy hacen parte de San Juan y de La Rioja, conformaba el territorio diaguita, donde lazos afectivos, emocionales, étnicos, políticos y sociales hacían una extensa trama comunitaria que excedía a los futuros límites políticos de los estados provinciales.

En estas tramas comunitarias nació y creció la Deolinda, a quien recuerdan como una flor del valle por lo linda, fresca y simple. Aj-tikay, flores hermosas. Quizás en algún ranchito de piedra o de adobe a orillas del valle del Bermejo, con un fogón en la habitación como cocina y como centro de reunión, un telar a cuatro

vientos plantado en algún lado del hogar o bajo algún algarrobo, cerca de molles verdes donde recolectaba algunas hierbas silvestres - carqueja, incayuyo, salvia, santa lucía- y donde el ganado caprino salía a pastar. Entre corrales, telares, fogones, arroyos y vergeles andaba la Deolinda, que sobre su padre y su madre se comenta en algunos relatos, pero sin mucha importancia. Lo cierto es que estaba unida en nupcias con un Baudilio de por allí, a quien también llaman Clemente. Un amor inocente y sano como el aire serrano del amanecer los unía a ambos. De ese amor nació un hijo, aunque también se habla de dos niños de la Deolinda.

Por aquellos años donde la Deolinda vivía en su rancho junto a su familia, los tiempos no eran tan parecidos a los de antaño, como le hacían saber seguramente sus mayores. Desde afuera venían gentes exigiendo compromisos a los pobladores de la zona. Que tenían que participar en una guerra que no habían iniciado, que tenían que irse lejos de sus hogares y sus familias a trabajar en zonas nunca antes andadas. Esta fue la suerte del Baudilio, quien fue reclutado no se sabe si para las montoneras o por las encomiendas, pero lo alejaron de su hogar pese a las resistencias que expresaban los pobladores de la zona.

Así fue como la Deolinda Correa se encontró sola en su rancho, a cargo de su niño, de las cabras y otros animales de crianza, de la provisión de alimentos y de agua y de la leña para calentar el hogar y hacer la comida. Sola tenía que ordeñar las cabras recién paridas, sola tenía que realizar el quesillo así la leche no dejar echar a perder. Sintió una parte de ella arrancada. Sintió el desarraigo del que le hablaban sus mayores y, sin dudarlo, en menos de dos días de haberse ido el padre de su hijo, emprendió su búsqueda. Cargando provisiones- quesillos, higos y damascas secas, charqui y patay- y un cántaro de agua en un rebozo tejido por ella misma, se acomodó a su

niño en la espalda, y emprendió viaje tras el Baudilio.

Luego de algunas averiguaciones entre los vecinos del puesto, supo la dirección que había que tomar, hacia donde nace el sol, en el horizonte unos algarrobos te indicarán el camino a seguir, le habían dicho. Y así fue como la Deolinda Correa se lanzó a la travesía en el desierto, ella, quien nunca se había alejado más allá de las sierras que envolvían a su rancho y que lograba avistarlo desde las alturas de los molles verdes. Sin embargo, el temor a lo desconocido no la inmovilizaba, sino se dejaba guiar por un pulso más fuerte, proveniente del

centro del pecho. Confiaba la Deolinda en esos paisajes que tantas veces había oído hablar en los fogones, cuando arribaban al hogar luego de días de arreo los varones del poblado. Confiaba en sus conocimientos, en la lectura de los vientos y los cielos, el mirar las plantas al sol. Pero sobretodo confiaba en el amor que la hacía iniciar aquel viaje.

Cuenta la leyenda que anduvo la Deolinda cargando a su hijo en un peregrinar de más de tres días hacia el este, siguiendo el horizonte de algarrobos. Aprovechando la fresca de la mañana salía a caminar la joven, y en las horas de siesta, donde el sol del monte árido no daba



tregua, se refugiaba bajo algún algarrobo o quebracho, para continuar la marcha con el sol caer, hasta la última claridad del día donde volvía a refugiarse en alguna ladera o bosquecillo. Esto fue así hasta salir de las sierras y toparse con las mesetas áridas de las llanuras. Sin titubear ante el bravío que se abría frente a sus ojos, la Deolinda tomó coraje y prosiguió la caminata. Ahora no solo era el sol, sino el desierto el que no daba tregua a la Deolinda. Con pocas provisiones tras los días andados, el agua comenzaba a escasear y no había tunas a las vistas para cosechar. No encontraba reparo para los vientos de arenas. Cuando el niño lloraba, se sentaba en la arena

ardiente y, cubriéndose con el rebozo, lo amantaba. La Deolinda comenzaba a sufrir de sed. De vez en vez veía un charco de agua a lo lejos. Apresurada se acercaba y se arrojaba sobre él con las dos manos para beber. Una vez con las manos en la arena, se lamentaba de otra tramposa alucinación. En esos momentos se lamentaba no haber salido con los hombres en alguna andanza de baquianos, así aprender a leer el terreno que la llevara a una aguada.

Ya tenía los pies con llagas y los labios blancos y partidos, cuando a lo lejos divisó una loma que decidió subir. Debilitada por los días de caminata, la deshidratación y la falta de

comida, subió la Deolinda caminando el molle árido con su hijo en el rebozo delantero. Nunca había sentido tanto peso en su niño, pero una fuerza visceral le dio el impulso para llegar a la cima. Desde allí alcanzó a ver que el desierto continuaba en el infinito. Cayendo al suelo y rogándole a los cielos por su hijo, su Baudilio y por ella, la Deolinda se durmió y no despertó.

La memoria oral relata que, a los tres días, unos arrieros que pasaban cerca de la loma divisaron unos jotes sobrevolar la cima. Pensaron que podía ser algún animal muerto y, cuando se decidían a seguir camino, el llanto de una criatura los detuvo. Mandinga, pensaron los

arrieros y, diciendo una oración, subieron la loma del cerro. Fue grande su sorpresa cuando al llegar a la cima vieron a un bebé llorando en el regazo de su madre que, muerta, lo seguía alimentado. Ante tal hallazgo, los arrieros de la travesía, retirándose sus sombreros en muestra de respeto, oraron por la madre difunta, a quien, según la leyenda, la enterraron en la misma loma donde la encontraron y donde hoy se encuentra el Santuario a la Difunta Correa en la localidad de Vallecito en San Juan.

Es posible imaginar que, ante las repercusiones de la madre difunta milagrosa que comenzó a

correr de voz en voz entre arrieros, baquianos y salteadores, algún andador de las llanuras áridas haya recogido los restos de la Difunta y los haya llevado al paraje de Las Peñas en alguna quebrada de Pie de Palo. Conocida guarida de saqueadores, los viajeros que se veían obligados a pasar por ella en sus travesías, le brindaban una oración u ofrendaban una moneda de plata al latón que contenía los restos de la Difunta, teniendo entera fe en sus milagros.

Este fue el caso del arriero Flavio Zeballos quien, en torno a enero de 1890, luego de comprar una partida de ganado vacuno en

Córdoba para comercializarla en Chile, emprendió el regreso a San Juan. En las inmediaciones a la ciudad decidió acampar y descasar y continuar viaje a la mañana siguiente. Sin embargo, una terrible tempestad de lluvia y viento se desencadenó en aquel lugar, por lo cual los animales se asustaron y dispararon en todas las direcciones. En aquel momento fue que cayó en la memoria de don Zeballos la Difunta Correa. Así fue que comenzó a decir unas oraciones peticionando a la milagrosa la aparición del ganado a cambio de hacer, en el sitio que dicen que has muerto, un mausoleo y buscaré tus restos y los depositaré con mis propias manos en un ataúd

para que descansen allí eternamente. A las pocas horas, el arriero halló a toda la partida de ganado que creía perdida y a los cuatro meses cumplió en parte lo que había prometido, ya que restos o huesos humanos no encontró nada.

Así la fe en la Difunta Correa se fue acrecentando entre los viajeros que atravesaban el monte y la llanura árida del centro de Cuyo desde principios del siglo XIX. Es de suponer que ellos fueron los que difundieron los milagros de la Correa y comenzaron a entretener su leyenda.

Con el paso de los años, las peticiones a la Difunta fueron aumentando. Hoy en día se la considera patrona de los arrieros y de quienes transitan rutas y caminos frecuentemente. Además, se le suele pedir protección ante una tormenta, curación de llagas o guía para viajeros perdidos. Las madres piden a la Difunta leche para dar de amamantar a sus hijos, y las novias solicitan por algún romance o por alguna unión. Hay devotos y devotas que ruegan porque les ayude a encontrar trabajo o a construir su propia casa, y así las peticiones hacia la Difunta se multiplican.

Ella, que no es ni diosa ni semi-diosa, ni santa

en el sentido cristiano, es un culto popular. Sorprende la sencillez de su rito. Se trata de silenciosas pero elocuentes ofrendas: una caminata por las escalinatas del santuario, encender algunas velas y llevar agua son algunos de sus elementos más característicos. Junto a la ausencia de ritos sagrados, la ausencia de oraciones y palabras sagradas es quizás otra de las particularidades del culto y, puede pensarse, vinculada con el silencio del desierto en donde se gestó la leyenda. Para Rodolfo Kush, en este silencio se da una resistencia sin mediación de los pueblos americanos ante lo que el afanoso, tecnificado, prepotente y locuaz orden colonial-moderno

piensa que se debe hacer (Martin, P.J., 1984).

¿Será posible pensar la muerte de la Deolinda como rito que funda un mito-arcano de resguardo de las memorias y de los saberes de un mundo conocido otro- más antiguo al que habitamos actualmente-, el cual se vio quebrantado ante el advenimiento de un mundo extranjero que se imponía y cimentaba por medio de la violencia?

Varias son las preguntas que se abren. Más aun cuando el ritual comienza recién difunta la joven madre, en un momento de inflexión en la historia de los pueblos americanos, donde se

producía la ruptura de las tramas comunitarias fuertemente ancladas en los vínculos con los entornos naturales y el territorio, las cuales estaban siendo desplazadas por un poder político vinculado con la violencia y la estatalidad occidental.

Unos años después de la muerte de la Difuntita, una rastreadora de caminos, curiosa como gato montés, al enterarse de la historia, quiso ir a conocer en persona el sitio donde se encontraba la milagrosa. Después de mucho averiguar, las indicaciones de los baquianos la condujeron a la quebrada del Pie de Palo. Y hacia allí fue la joven jinete. Debería tener mi

misma edad, pensó. Adentrándose por la sierra, llegó al sitio de las cientos de crucecitas. Luego de una rápida mirada, divisó el latón. Se acercó esquivando las demás cruces, y arrodillándose frente a él, colocó una de sus manos encima y en voz baja pronunció una oración. De una bolsita de cuero que colgaba de su cintura, sacó una moneda de plata y se la ofrendó. Despidiéndose con cautela de la joven Difunta, la Martina emprendió la retirada hacia las lagunas.



## La Martina Chapanay

La Martina Chapanay, como se la conoce popularmente en Cuyo, fue una mujer warpe que recorrió la extensa travesía del desierto que une las provincias de Mendoza, San Juan, La Rioja y San Luis. Sobre su historia sobrevuela la leyenda y el mito, potenciado por la ausencia de fuentes oficiales que la nombren (Escolar, 2007; Fanchin, 2020). Sin embargo, una amplia cantidad de textos literarios se han dedicado a narrar su vida y recopilar las múltiples aventuras de esta rebelde del siglo XIX (Quiroga, 1865; Echague, 1894; Consejo de Educacion de la Nacion, 1921; de Estrada, 1961;

Chertudy, 1969; Pagano, 2000; Fanchin, 2014, 2020; Escolar, 2007, 2022).

A estas obras historiográficas y literarias, se suman un sinnúmero de leyendas orales, cuecas y tonadas que van recitando diferentes aventuras y momentos de esta mujer warpe en clara resistencia ante el avance colonial del siglo XIX. A continuación, se presenta una versión sobre la vida de Martina Chapanay.

Fue Martina Chapanay  
la nobleza del lugar  
cuyanita buena de cara morena  
valiente y serena no te han de olvidar (...)

La historia de la Martina Chapanay se halla sumergida en un entretejido de leyendas, mitos, memorias y textos literarios que hacen de esta mujer warpe del siglo XIX un personaje de mil sentidos. Estudios recientes (Caballero, 2013) han encontrado las actas de nacimiento de Martina. Alejándose de lo que algunos relatos orales cuentan, Martina, registrada como Martha Chapanay, nació el 22 de febrero de 1799 en San Juan. Hija de Ambrosio Chapanay y María Mercedes Gonzales, ambos naturales de la zona- como signan las actas de bautismo de la parroquia-, es posible pensar que nació en el valle de Ullum, actual departamento de Ullum, en el centro sur de la

provincia de San Juan (Jofré, 2011).

La literatura dedicada a la Martina suele distinguir tres etapas en su vida: la niñez, la vida adulta y la ancianidad. Cada una de ellas varía de acuerdo al relator/a. Entre las historias más difundidas, la Martina nació en Guanacache, mención alejada de lo demostrado por los recientes documentos hallados. Puede pensarse que, durante su niñez, desenvuelta en el valle del Tulum, entre ríos y montañas, la Martina aprendió todas las destrezas de la vida rural que la caracterizaran: buena jinete, rastreadora, destacada por la destreza con el cuchillo y el lazo, cazadora. Vaya

a saber hasta cuándo duró su niñez, pero de acuerdo a los documentos hallados, fue madre a la edad de 15 años de un niño, José Lino, de cuyo padre no se sabe nada.

¿Cómo continuó la vida de la <sup>5</sup>Martina Chapanay? Puede pensarse que una vez madre, fue enviada o se ofreció como criada en la casa de alguna señora criolla de la alta sociedad sanjuanina, de donde terminó huyendo por la hostilidad de un ambiente ajeno a su mundo. Aquí algunos/as cuentan que huyó con Cruz Cuero, un salteador de caminos que la requirió en amores, y otros/as que huyó con un peón de la misma casa donde era criada. Los relatos continúan

variando. Otros cuentan que Martina abandonó el valle del Tulum para seguir a un criollo que había llegado a San Juan con la intención de reclutar hombres para participar en el ejército de Facundo Quiroga. Se enamoraron y se casaron. A partir de este momento comenzó su participación en las luchas del país al lado de su esposo y en el

<sup>4</sup> Cueca La Martina Chapanay de Hilario Cuadros.

<sup>5</sup> Para entender por qué nunca se menciona que tuvo hijos es preciso considerar el ideal hegemónico de mujer, esposa y madre virtuosa. Martina nunca se casó según los preceptos normados, por el contrario, una de las remembranzas populares es que solía elegir a sus parejas y a punta de cuchillo los secuestraba para satisfacer sus apetencias sexuales.

frente federal.

De una u otra manera, el paso de la niñez en el valle del Tulum a su vida adulta se dio cuando se alejó de su tierra familiar y comenzó a cabalgar las leyes de la desobediencia. Vaya una saber los motivos que la condujeron a desafiar su destino como una mujer indígena y campesina en territorios de avanzada colonizadora.

A joven edad la Martina se lanzó a cabalgar por las llanuras áridas de Cuyo. Con sus conocimientos de mujer rural, su destino comenzó a dibujar. Dicen haberla visto por los

llanos riojanos, por el monte árido sanjuanino desde Jáchal hasta Valle Fértil, llegando incluso a encontrarse historias en pulperías de Caucete y algunos recorridos por su antiguo valle de Tulum. Es de conocimiento popular que su hogar elegido fueron los humedales de Guanacache, cuando en el desierto árido existía un oasis donde se cultivaban huertas en los esteros y los laguneros navegaban con balsas de totora por las lagunas. Allí, a orillas de las lagunas, entre tamarindos y algunos bosques de algarrobos, la Martina encontraba refugio para su cuerpo en guerra y serenidad para su alma alborotada ante los tiempos que corrían.



Cabalgaba la Martina en silencio por las dunas infinitas, sintiendo con el galopar la libertad que buscaban enjaular. Dicen que sola se la veía llegar por el desierto. A nadie sorprendía ver jinete en soledad, pero cuando divisaban que se trataba de una mujer, un estremecimiento corría por los cuerpos de los avistadores. Y ella descendía de su caballo y se presentaba como Martina Chapanay, jinete buena para el rastreo y la baquenía, nadie como yo conoce la llanura y el desierto. Me defiende con cuchillo y lazo. A sus servicios. Así fue como se presentó ante el tigre de los llanos, Don Facundo Quiroga. Junto a él comenzaron sus andanzas como montonera federada en la lucha contra los

ejércitos seculares de la unitaria Buenos Aires.

Cuentan las leyendas que su alma comenzó a herirse por los muertos que cargó en una guerra que no inició, pero eligió luchar por las injusticias que su pueblo vivía. Los trabajos forzados de sus parientes a quienes veía alejarse de sus tierras, sus casas y sus familias. La expulsión de pobladores de sus ancestrales territorios por parte de hombres extranjeros. Las entregas de niñas a criollos blancos como motines de guerra. Todo eso hacía pulsar en Martina la rebeldía y la resistencia elegida.

Junto a las montoneras acaudilladas de

Quiroga, Martina recorrió amplios territorios llegando incluso a la región del norte. Fue en esas andanzas donde profundizó el conocimiento sobre las tierras del monte árido del centro de la actual Argentina, y sus hazañas y destrezas en campos de batalla comenzaron a circular entre las montoneras y los poblados donde se refugiaban. Dicen que de Quiroga se alejó cuando supo sus intenciones personales de adquirir tierras para aumentar su poderío económico. Con esto sintió la traición y decidió marcharse, desilusionada por una guerra inútil donde morían personas como si fueran animales, quizás la Martina tomó rumbo hacia Guanacache, refugio y guarida de perseguidos

políticos y desertores del orden. Nosotros poniendo el cuerpo para que otros se lleven las ganancias, se decía.

¿A dónde vamos los gauchos montoneros terminada la guerra?, seguramente se preguntaba la Martina. Luego de participar en las milicias de Quiroga, pasaba sus días rumiando ideas y reponiendo su cuerpo cansado entre los humedales, sintiendo el aroma del yuyal, observando los cielos incendiados del atardecer, tomando mates con las doñas de las lagunas, haciendo bromas y riendo, teniendo alguna aventura amorosa para saciar la sed del desierto.

Allí, en la inmensidad del monte árido y los esteros de Guanacache, Martina decidió volver a las andanzas, pero ahora utilizaría sus destrezas para sacarle al otro que tenía más que ella. Con las leyes de no matar y robar a los más ricos, la Chapanay comenzó su camino como salteadora de las llanuras y las travesías que unían las provincias de Mendoza, San Juan, San Luis y La Rioja. Las historias sobre la Chapanay cuentan que, a fuerza de voluntad y astucia, como también desplegando su cuchillo y el lazo, se ganó el respeto de los hombres errantes y desertores habitantes de las llanuras áridas de Cuyo. Así llegó a ser jefa de una banda de salteadores, quienes encontraban en la

Martina la guía y la protección ante el desierto engañoso y las persecuciones de las cuadrillas de policías.

Algunas historias relatan a la Martina bandolera andando junto a un grupo de jinetes por caminos obligados entre villas y aldeas, asaltando a los viajeros con carros y mulas cargando provisiones que adquirirían en las

<sup>6</sup> Hacia mediados del siglo XIX, las guerras civiles habían contribuido a que el bandolerismo, como así también su represión, se manifestaran con una violencia extrema. La desarticulación de las montoneras dejaba a jinetes empobrecidos y abandonados por los gobiernos provinciales que los consideraban desertores. Ante esto, la salida del momento era recurrir al bandolerismo o al asalto de cuadrillas comerciales que transitaban los caminos.



ciudades. Algunos señalan que no tenía pretensiones de hacerse rica, sino encontraba en la correría un placer. Despojaba solo a los que no querían darle cuanto pedía. Si, por el contrario, no trataban de esquivar su patrulla, ni tomaban la ofensiva, si le regalaban unos kilos de azúcar y yerba mate, paquetes de tabaco y algún vistoso poncho, ya podían los arrieros compartir cordialmente su fogón, tomar mates en su rueda y pernoctar tranquilos, seguros de que doña Martina les haría cuidar animales y cargamentos.

También se señala a la Martina bandolera como exigiendo diezmos, preferentemente en

comida. Su actitud general era la de cobrar una suerte de peaje, siempre bajo la amenaza latente. En tiempos de sus correrías, la recuerdan también como rastreadora y baquiana. Se ponía al servicio de quien perdía su tropilla de animales a cambio de un pago, tenía gran habilidad en los descubrimientos de rastros: era rastreadora de fama. Si algún animal o hacienda era robada, inmediatamente era llamada Doña Martina Chapanay, seguros de que esta astuta mujer demarcaría la huella (Chertudi, 1971: 227-228).

La Martina salteadora también fue protectora de los arrieros, a quien quitaba, pero daba. Así,

una vez deambulando por los caminos del desierto, se encontró con un señor mayor que arriba unas mulas en completa soledad. La austeridad del día y la avanzada edad del baquiano, hicieron a la Martina ofender, quien le reprochó su actitud de descuido. Tras unas reprendas, obligó al arriero a pasar la noche junto a ella y los salteadores.

Es posible imaginar que cuando algún asalto era de los más grande, la Martina junto a su tropa de desertores huían a toda velocidad a las guaridas casi desconocidas. Algunas de ellas son señaladas en Pie de Palo, otras son señaladas monte adentro de Guanacache,

donde un sistema de comunicación entre los pobladores de las lagunas daba aviso de la llegada y el refugio de los bandidos. Por señales de humo, de rancho en rancho, corría la noticia de la llegada de la Martina con los suyos. Se acoplaban monte adentro como sombras, donde los espinillos y los algarrobos daban refugio a los salteadores, y los vergeles de los humedales daban zonas de pastoreo a los caballos.

Pasados algunos días y noches de descanso y guarida, aparecía la Martina por los ranchos entregando algunas bolsas de cereales, semillas, azúcar, yerba y tabaco a las doñas de

por allí. A cambio, se sentaba en las sombras a compartir unos amargos y fumar en tranquila compañía un poco de tabaco, mientras las mujeres trabajaban la totora o molían el trigo y el maíz.

Sigilosa y astuta, reservada y silenciosa, los rasgos de la Martina con los años comenzaron a asentarse, mientras las laguneras y los laguneros la veían sentada con los ojos perdidos en algunos pensamientos que buscaba disipar en el firmamento. Vaya a saber cuáles incertidumbres agitaban su mente: quizás algún amor que dejó por las travesías, quizás en la suerte de sus hijos, a quienes se

aseguró dejar con buenas tutelas. Quizás la Martina pensaba en el futuro que avistaba con la lenta sequía de las lagunas y los susurros de los vientos. Los dioses nos están olvidando. La falta de memoria. Parece que el olvido ha borrado la pesadilla que siempre es la misma: la sequía, mascullaba la mujer.

Por esos años, unos jinetes anduvieron por la zona del desierto y de Guanacache dando aviso de que se estaban alistando nuevas montoneras convocadas por el Chacho Peñaloza de los llanos riojanos. Corrían la década de 1860 cuando, tras años de salteadora y prestando servicios de

rastreadora, la Martina conoció a Peñaloza. Hombre justo que sacó las costras del corazón, me removi6 las entrañas y pens6 en volver a la guerra. El Chacho era un hombre respetado y amado, las gentes lo seguían. Junto a él y a Guayama, por nuestra autonomía en las decisiones y por nuestros territorios, volví a luchar, contaba la Chapanay.

Partió entonces para La Rioja y allí conoció el plan del caudillo: atacar al gobierno de San Juan y hostigar a los nacionales dondequiera que estuvieran, para que el centralismo porteño no pasara por encima de las provincias. Tras varios enfrentamientos, Sarmiento mandó a cazar a

los llanos, pero no le fue tan fácil. Un día Irrazábal degolló al Chacho, justificando que era un bandido. Y lo degolló, mostrando su cabeza en la jeta de su familia, ¿y eso es un acto de justicia? La guerra terminó para mí. Cientos de muertos, los poblados saqueados, las mujeres violadas, y lo peor, la pérdida del sueño.

Tras el asesinato del Chacho, la Martina tomó rumbo hacia las lagunas a buscar el refugio que siempre había hallado en la paz de los esteros y los cielos premonitorios. Pero al llegar, su corazón recibió un coletazo más. Mientras los jinetes y guerreros laguneros se hallaban

librando batallas en otros lugares, desde los gobiernos de San Juan y de Mendoza habían enviado tropas militares para “pacificar” la zona, considerada como centro principal de las rebeliones montoneras.

Recorrió los caminos tantas veces andados y buscó a las doñas con las que compartía los amargos a la sombra de los algarrobos. Notó los rastros del fuego en las cenizas del aire y la carbonilla de lo que habían sido retamas, jarillas y retortuños. También habían incendiado los algarrobales donde se tendía en las tediosas siestas a descansar y a buscar reparo. Los caminos mostraban los tropeles de

caballería. Llegando a lo de algunas comadres, le contaron del fusilamiento de los jóvenes, a quienes días atrás pudieron dar ceremonial entierro una vez retiradas las tropas. También le contaron del robo de ganado y del secuestro de seis chinitas para regalar, así había ordenado el por entonces gobernador de Mendoza, Luis Molina.

Así como se van terminando las gentes, se van terminando las lagunas también, pensó la Martina. Un sollozo seco explotó como grito en el silencio de los esteros. El desierto y tanta muerte habían secado sus lágrimas. Antes de retirarse para siempre con vida de su tierra

elegida, se acercó a una de las lagunas. Allí, con la caída del sol, se sumergió la Martina, buscando con el agua del estanque lavar la sangre de tanto enfrentamiento, ablandar las costras que una vez más buscaron petrificarse en su alma y su corazón y sanear/sanar su cuerpo herido. Se quedó sumergida la Martina, sintiendo las nutrias, oliendo y acariciándose con los junquillos, oyendo el concierto de pájaros preparados para pasar la noche. Embadurnó su cuerpo con las arcillas de las riberas. Allí, en ese estanque, que tantas veces fue escondite de lugareños, se sintió cobijada. Que las memorias del agua acompañen tu andar por las arenas, Martina. Las antiguas que

duermen dentro de ti, ahora despiertan. Te estoy dando los últimos poderes para luchar. Luego de un largo sumergirse en las aguas de la memoria, lavó algunas de sus prendas y con una manta se cubrió para descansar. Despertó con la primera claridad del amanecer, ensilló a su caballo y arrancó rumbo al noreste, dando espalda al sol, guiada por los altos picos nevados de las montañas.

Tomando el camino por el valle del Bermejo, entre las sierras de Pie de Palo y la sierra de la Huerta, cabalgó la Martina en silencio y en soledad. De vez en vez, divisaba algunas cruces por el camino de la llanura. Guiada por su



rastrillaje, arribaba a alguna aguada para descansar y dar de beber al caballo. Comenzaban a divisarse los cardones en lo alto de las laderas de las sierras, que la saludaban con un movimiento de sombras al pasar. Pidiendo permiso a los guardianes del monte, la Martina continuaba galopando en silencio y en soledad por las travesías de su vida. Su mirada en luto buscaba sanear con el despojamiento al que se había lanzado.

Así anduvo la Martina días y noches hasta arribar al poblado de Mocna (Mogna), en el sureste del actual departamento de Jáchal, en la ribera sur del antiguo cauce del río San Juan.

Allí llegó al rancho de una antigua amiga, con quien compartió sus últimos días de vida entre el silencio, los trigales, los telares, las ollas y fogones, las cabras y algunas baquenias. Muchas historias envuelven su último tiempo de vida. Quizás haya sido un tiempo de remanso y de asentamiento, donde buscó dedicarse a la cura de enfermos con los yuyos de la zona y la aplicación de otros ritos curativos, quizás también para poder curarse de las antiguas y las nuevas heridas que la acompañaban. Lo cierto es que murió a avanzada edad y hoy en día su tumba se encuentra en este poblado de valles encantados del noreste de San Juan.

Nosotros somos una reencarnación de la  
Martina,  
lo que nos tocó en ese tiempo  
es ir a recuperar las pertenencias  
que la sociedad invasora nos ha quitado.

7

Actualmente, la Martina Chapanay representa una ancestral mítica activa para las comunidades warpes de Cuyo. La reescritura de la Martina como mujer warpe política partícipe de las guerras civiles del siglo XIX, es un símbolo de emancipación que forma parte del proyecto político de las comunidades warpes, en especial, de la comunidad Warpe

del Territorio del Kuyum. Ella es anclaje en la reconstrucción del emergente warpe contemporáneo y, en especial, representa un punto de donde se deshilvanan las memorias de las mujeres indígenas de la región. Actualmente, la comunidad del Kuyum se encuentra en una labor de reescritura sobre la vida de Martina Chapanay, por medio de la cual buscan rescatar memorias olvidadas, donde sea posible desglosar el proyecto político de comunidad contemporánea que anhelan. Es por ella que muchas personas que

7

Jofré, I. C., (2014) Memorias del Útero: conversaciones con Amta Warpe Paz Argentina Quiroga. San Juan: 41

comienzan a identificarse como warpes recurren a imaginarios genealógicos con Chapanay (Escolar, 2007). En el caso de la comunidad warpe del territorio del Kuyum, la hija de la Amta Argentina Quiroga, Illigue, en sus años de activa militancia indígenas, adoptó como segundo apellido el nombre Chapanay, en homenaje a la histórica guerrera cuyana (Jofre, 2014).

Mirando el pasado para caminar por el  
presente y el futuro  
Silvia Rivera Cusicanqui

A lo largo del texto se buscó recuperar las

historias de la Deolinda Correa y la Martina Chapanay, mujeres que vivieron durante el convulsionado siglo XIX en la región del monte árido y los humedales de Guanacache, en el centro de la región de Cuyo. Las vidas de estas mujeres se encuentran envueltas entre el mito y leyenda. Cuando se adentra en ellas, se emprende un viaje por las llanuras áridas cuyanas, donde denota la superposición temporal de lo que fue, lo que está siendo y lo que será.

Como lo demuestran actualmente las silenciosas prácticas de pobladores de la zona, la presencia indígena es latente en estas

geografías periféricas. Históricamente, la región perteneció a poblaciones indígenas diaguitas y warpes. Con el advenimiento de la colonización europea, en torno al siglo XVI, pasaron a formar parte de la administración Reino de Chile para, posteriormente, pertenecer al Virreinato del Río de la Plata.

Desde estas unidades político administrativas coloniales, varios pueblos que hacen al actual San Juan (Mogna, Jáchal, Valle Fértil), fueron signados como poblados y reducciones indígenas sujetos al sistema de trabajo forzado de las encomiendas. A la expropiación de la fuerza de trabajo, se sumó la expropiación de la

identidad y con ello la expropiación de los territorios por parte de las elites políticas provinciales. En este contexto de avanzada colonizadora, comienzan las resistencias indígenas, las cuales fueron subsumidas en torno a conceptos literarios como bandolerismo, baqueanía y montoneras.

Es en estos tiempos de lucha donde se inscriben las historias de vida y los cuerpos de estas dos mujeres indígenas. A lo largo de las lecturas sobre la Deolinda Correa y la Martina Chapanay, se esgrime que sus prácticas y sus modos de vida fueron atravesados, desarticulados y rotos por un proyecto político



ajeno a sus mundos, el cual logró instaurarse por medio de la guerra. De la mano de este proyecto, vino la masculinización y patriarcalización de los territorios- reflejado en la ruptura de los vínculos con el entorno natural y la desviación y captación de cauces naturales, entre otros- y la producción de memorias rotas y discontinuas facilitadas por el uso de la violencia, las cuales produjeron una suerte de amnesia forjada en las poblaciones de la zona. Asimismo, los discursos literarios producidos por elites políticas provinciales de aquellos años bregaban con firmeza por la extinción de las poblaciones nativas de la región. Por medio de estos mecanismos, el proyecto de

estatización colonial justificó la apropiación de tierras destinadas a un modelo económico de extracción de recursos con miras a mercados en el extranjero.

El viaje por la vida de la Deolinda y la Martina conduce a pensar sus historias como praxis de resistencias ante estos proyectos del despojo. Al lanzarse en viaje por la travesía del desierto, Deolinda buscó recuperar la trama de vida cotidiana rota con el alejamiento forzado de su marido. Pues, al encontrarse sola en su ranchito de la majada, notó que no podía perdurar la vida sin la reciprocidad en las tareas de sustento y cuidado a la que estaba

acostumbrada. En este punto, la Deolinda visibiliza y politiza el trabajo de cuidados y las formas políticas que se dan así mismo las mujeres para sostener las prácticas y los tejidos que producen y reproducen la vida. La ruptura de los tejidos comunitarios fue lo que produjo la muerte de la Deolinda en el desierto.

En el caso de la Martina, ella simboliza a la mujer indígena guerrera. Con su trashumancia y los conocimientos del campo, logró encontrar territorios de resistencia donde las tramas comunitarias la sostuvieron y la cobijaron, mientras, rompiendo con todo orden binario patriarcal colonizador, se lanzaba a la batalla

como mujer indígena contra los ejércitos seculares.

Ambas mujeres sintieron, vivieron y fueron atravesadas desde el cuerpo. Es allí, en sus cuerpos en contextos de despojo, donde primero se inscribieron los sistemas de opresión contra los que resistían. Sus cuerpos, al igual que su territorio habitado, fueron de a poco siendo sometidos. En ellos y a través de ellos, su territorio-cuerpo-tierra, ambas mujeres buscaron continuar con el sustento de la vida.

La historia de ambas también se relaciona con

un camino del agua. En este punto, es interesante pensar el agua como símbolo de vida y como elemento femenino. Sus vidas transcurrieron cuando sus tierras eran un oasis donde se cultivaba el alimento en armonía con su entorno sostenedor. Hacia el final de sus vidas la falta de agua- la masculinización de los territorios- las afectó. Deolinda, al arrojarse a la travesía por el desierto en soledad, no pudo hallar aguadas y comenzó a sufrir de sed. La Martina se aleja de Guanacache pocos años antes de que comience la sequía de los humedales.

La historia ha demostrado que con el

exterminio gradual y continuo de las poblaciones indígenas del centro de Cuyo, la sequía se agudizó en los territorios ancestrales. Este es el caso actual de Guanacache y, seguramente, este deterioro fue lo que sucedió con el antiguo valle del Bermejo, hoy atravesado por dunas de arena.

Este camino del agua, que es el camino de la vida, aclama por la recuperación de las memorias borradas y la no tregua con el olvido. Lejos de lo que el imaginario sostiene, en el desierto la vida fue y es posible por las tramas que la sostienen, la protegen, la nutren, la hidratan y la reproducen, la mayoría de ellas

bajo la custodia y la silenciosa tarea de las mujeres. Ellas son quienes sostienen el ambiente familiar-comunitario mientras los hombres se ausentan por días tras los arreos temporales u otras faenas. Este espacio en donde el ojo ajeno sólo ve sequía y escases, es un espacio creativo y dador que se expresa como plenitud sobre-abundante para los andadores de sus caminos.

Este trabajo forma parte de un camino iniciado por el Museo y Biblioteca Nacional Casa Natal D. F. Sarmiento en el año 2022, en la capital de la provincia de San Juan. Desde este museo, se han lanzado a la laboriosa tarea de recuperar las tramas andinas sostenedoras de vida de las regiones rurales de la provincia. Es en este programa donde se inserta y se rescatan las historias de estas dos mujeres que hacen a la memoria oral y viva de las llanuras áridas del centro de Cuyo y de las historias de antaño sobre valles y oasis que bañaban el desierto.



## Bibliografía

-DREIDEMIE, Patricia. (2022). Jirones de comunidad: Clivajes de memoria viva y permanencia campesina mestiza-diaguita en Valle Fértil (San Juan, Argentina). En “Cartografía de conflictos en territorios indígenas del Cuyum” (Región Cuyo, Argentina), Ivana Carina Jofré Ed., pp. 507-539. Ed. Universidad Nacional de San Juan, San Juan.

-ESCOLAR, Diego. (2007). Los dones étnicos de la Nación. Identidades huarpes y modos de

producción de soberanía en Argentina”. Prometeo, Buenos Aires.

-FANCHIN, Ana. (2014). Martina Chapanay en la construcción literaria y en el imaginario popular. Revista Dos Puntas, Año 6-Nº 10: 115-128.

-FANCHIN, Ana (2020). Martina Chapanay y la deconstrucción de un imaginario. La Aljaba segunda época, Revista de Estudios de la mujer, Volumen XXIV. Recuperado a partir de <https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/aljaba/article/view/5199/5803>

-CABALLERO, Luis César (2013). Martina Chapanay y Santos Guayama: Entre el Mito y la Historia. Centro de Genealogía y Heráldica de San Juan, Año VI-Nº7: 41-46.

-CHERTUDI, Susana, (1969). Martina Chapanay, personaje legendario. El Monitor de la Educación Común. Consejo Nacional de Educación: 93-98.

-CHERTUDI, Susana y Sara Josefina NEWBERY (1966/ 1967). La Difunta Correa. Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología. Buenos Aires, Secretaria de Estado de Cultura y

Educación.

-CHUMBITA, Hugo (1999). Sobre los estudios del bandolerismo social y sus proyecciones. Revista de Investigaciones Folclóricas, vol. 14: 84-91.

-ECHAGÜE, Pedro. (1924). La Chapanay. Coni [1º ed.:1884].

-ESTRADA, Marcos. (1979). Martina Chapanay Arquetipo Del Gaucho. Tucumán, Buenos Aires.

-ESTRADA, Marcos. (1962). Martina Chapanay. Realidad y Mito. Varese, Buenos Aires.

-GOMEZ, Nadia. (2022). La cultura del agua: lagunas de Guanacache y un sistema encadenado de responsabilidades incumplidas. En "Cartografía de conflictos en territorios indígenas del Cuyum" (Región Cuyo, Argentina), Ivana Carina Jofré Ed., pp. 315-351. Ed. Universidad Nacional de San Juan, San Juan.

-JOFRÉ, Ivana Carina (Editora). (2022). Introducción. En: "Cartografía de conflictos en territorios indígenas del Cuyum" (Región Cuyo, Argentina)". Ivana Carina (Ed.), pp. 21-57. Ed.

Universidad Nacional de San Juan, San Juan.

-JOFRÉ, Ivana Carina (2020). Cuerpos/as que duelen. Cosmopolítica y violencia sobre cuerpos/as indígenas reclamados como ancestros/as warpes. Intersticios De La política Y La Cultura. Intervenciones Latinoamericanas, 9 (17).

-JOFRÉ, Ivana Carina (coor.). (2014). Memorias del Útero. Conversaciones con el Amta Warpe Paz Argentina Quiroga. Comunidad Warpe del Territorio del Cuyum. Tomo realizado con la

colaboración del Fondo Nacional de las Artes.  
Ediciones de Autor, San Juan.

-MARIN, Marta. (2000/2001). Martina Chapanay: figura legendaria de las lagunas de Guanacache. Piedra y canto. Cuadernos del CELIM. N° 7-8: 125-136.

-MARTIN, José Pablo. (1984). Naturaleza, símbolo y lenguaje. Sobre un caso de religiosidad andina. En: "Sabiduría Popular, símbolo y filosofía. Diálogo internacional en torno de una interpretación latinoamericana. Scannone, J. C. (Ed.). p 111-132. Buenos Aires,

Editorial Guadalupe.

-PAGANO, Mabel [2000] (2009). Martina Chapanay. Montonera del Zonda. Ediciones de Boulevard, Buenos Aires.

-QUIROGA, Pedro Desiderio (1865) Martina Chapanay, Leyenda Histórica Americana. Buenos Aires.

-RÁTIVA GAONA, Sandra, GUTIERREZ AGUILAR, Raquel, et al. (2022). La producción y reapropiación de común: horizontes emancipatorios para una vida digna. C.A.B.A.: CLACSO; Fundación Rosa Luxemburgo.

-SARMIENTO, Domingo F. (1845). Facundo o Civilización y Barbarie en las pampas argentinas. Libertador, Buenos Aires.





# TRAMAS ANDINAS

• MUSEO •  
CASA NATAL DE  
SARMIENTO

San Juan - Argentina

MUSEOS NACIONALES



Ministerio de Cultura  
Argentina

Protege

Mi Estudio

Gracias "Difunta Correa"

Correa "Protege mi cuatriciclo"

Gracias "Difunta Correa"

GEOT

Gracias "

Gracias "Difunta Correa"